



Un pequeño apartamento

[1]

situado en una zona muy agradable, amueblado y muy bonito, pero al que hubieron de renunciar apenas **un par de semanas después** y en plena efervescencia de su amor nacido no estaría haciendo más de un mes, cuando lo de las copas, y buscar una habitación en un piso compartido con las cajeras y un músico que, ese sí, no daba más ruido que el de su batería ya que era un muchacho muy serio y vegetariano, muy educado y bastante retraído, que ni fumaba ni bebía y, como le decía una de las cajeras, “¿y tú te piensas que vas a ser un Jimi Hendrix o un Lou Reed sin ni beber ni drogarte ni nada?”.

Así que el músico, que era muy limpio y muy ordenado y fregaba el baño cuando le tocaba y no utilizaba la cocina porque se alimentaba de frutos secos y de hojas de lechuga o de algún tomate que tenía en su cuarto, no era en absoluto culpable de las constantes escandaleras que se organizaban en el piso ni fue el causante de que ella, la fisioterapeuta, decidiera mudarse porque, para entonces, ya había sido él mismo, el músico, el que se marchó porque la otra cajera — no la que le dijo lo de Jimi Hendrix y lo de las drogas sino la otra — despechada porque le había tirado los tejos¹ y él la había rechazado porque tenía novia, le había puesto una denuncia por acoso.

Continuará

¹ Y más que los tejos, pero la fisioterapeuta no se extendió en pormenores por las mismas razones por las que no entró en detalles de lo del padrastro cuando Sonia levantó la mano.